

HAITÍ REFLEXIONES EN TIEMPOS DE CRISIS

Suzy Castor

(Traducción: Clara Isabel Martínez Valenzuela)

Ha pasado un año ya desde aquel 12 de enero de 2010, cuando la tierra sacudió Puerto Príncipe, tanto la zona metropolitana como sus alrededores. El año 2010 estuvo cargado de todo tipo de calamidades (huracán, borrasca, cólera, elecciones) que complicaron la ya de por sí difícil vida de la población. Y para colmo, el 2011 también inicia bajo la impronta de un sismo, pero esta vez de diferente tipo: el regreso de Jean-Claude Duvalier a Haití. En efecto, el 16 de enero los haitianos, incrédulos, presenciaban la llegada a suelo haitiano del digno representante de la dictadura duvalierista abatida por el golpe de la resistencia popular en febrero de 1986.

La presente reunión —organizada por FOKAL el 7 de febrero de 2011, el día en que se conmemora el 25 aniversario del triunfo popular que culminó con la huida de Jean Claude Duvalier y la caída de una de las dictaduras más largas de nuestra historia— provoca reflexiones sobre este aniversario, cuando el reloj de la historia parece retroceder, pues el mismo Jean-Claude Duvalier ha regresado al país tranquilamente, como simple ciudadano. La indignación, la rabia, el sentimiento de impotencia, de fracaso, han hecho presa de buen número de ciudadanos que calibran este retorno, no por el retroceso político que pudiera implicar, no tan importante (sic), sino por su fuerte carga simbólica y su valor ético y moral. También es importante hacer notar que al mismo tiempo se manifiesta el deseo de conocer mejor el fenómeno del duvalierismo y el periodo vivido recientemente por el pueblo haitiano.

No nos hacemos muchas ilusiones. Las mujeres y los hombres que hoy en día tienen alrededor de 70 años sólo han conocido el reino del duvalierismo y el periodo de la transición. En 1957, un joven de 12 años, aunque sufrió la dictadura, no supo de ella más que lo que decían los mayores, o la vivió furtivamente a partir de los ojos de la infancia, como Anne Frank, que vio el nazismo a través de la ventana de su habitación... Estos niños vivieron con sus libertades reprimidas, las miradas llenas de angustia, haciéndose preguntas que nadie se atrevía a responder con claridad para protegerlos, para protegerse... Mejor era no saber. Esta generación creció con un conocimiento fragmentado de esa época, en pequeñas porciones, como trozos de una realidad incompleta.

Por otro lado, la generación de jóvenes de menos de 35 años no conoció este periodo sombrío de nuestra historia y le tocó vivir la explosión y la euforia de la transición que se alarga de manera desesperante. Frente a la crisis global de nuestra sociedad, la incertidumbre, las desviaciones y dificultades que se acumulan, y frente a una ineficacia irritante, algunos grupos —afortunadamente minoritarios— hablan del regreso a la dictadura y con ello, de tiempos mejores. A pesar de esto, hay que decirlo, Haití no es la excepción, pues esta misma actitud la encontramos en numerosos países que han vivido finales de dictadura difíciles.

El regreso de Duvalier nos coloca frente a una realidad inquietante: la constatación de una ausencia de memoria, impresión que se refuerza cuando, hace apenas tres días, Jean-Claude Duvalier, imperturbable, declaró soberbio: “Yo inicié el proceso de democratización... cuando me califican de tirano me da risa (¡han escuchado bien!) porque la gente sufre de amnesia”. Hemos avivado entre todos nosotros la exigencia de que la memoria debe estar allí. No puede estar ausente... Sin conocer el pasado no es posible comprender el presente; sin comprender el presente no tenemos las herramientas para transformarlo, para encontrar “este otro mundo posible”. Revisar a partir de “nosotros mismos” los últimos 50 años de historia no es simplemente repasar los hechos, es ejercer la memoria de manera distinta, observar en plenitud nuestra vida como pueblo, no como una revisión de lo que fue sino como una previsión de lo que viene. Es un paso indispensable para construir un futuro distinto. Estamos llenos —o vacíos— de memoria.

Debemos estar vigilantes, pues hasta el presente la historia del duvalierismo, presentada de manera ahistórica, superficial, es desconocida para la mayoría de los haitianos, salvo para pequeños círculos de universitarios, de militantes, de asociaciones de derechos humanos o de víctimas. La dictadura sigue siendo un tabú difícil de ser transgredido, a pesar de la incesante lucha de algunos sectores por recuperar esta memoria. Hasta la fecha, los haitianos no contamos con ningún memorial, ninguna estela con los nombres de los desaparecidos y asesinados por la dictadura, ningún lugar



Jean-Claude Duvalier, ex presidente de Haití

Revisar a partir de “nosotros mismos” los últimos 50 años de historia no es simplemente repasar los hechos, es ejercer la memoria de manera distinta

relegadas y desmanteladas. Una gigantesca y omnipotente máquina de terror se abatió sobre toda la sociedad por medio de la práctica sistemática de arrestos, desapariciones, secuestros, torturas, exterminio de dirigentes y militantes, la intimidación y el desmantelamiento de las organizaciones revolucionarias y populares más combativas. Todos fueron tocados: sindicalistas, activistas, militantes políticos o sociales, estudiantes, trabajadores, campesinos, artistas, etcétera.

A partir de la desestructuración del ejército y del funcionamiento del cuerpo de los *tontons macoutes* —que llegó a contar hasta con 40 000 hombres, a través del mercenariado, la corrupción y la manipulación ideológica— el duvalierismo logró no sólo ejercer un control efectivo sobre todo el territorio nacional sino también aplicar sistemáticamente la intimidación política. El monopolio de la violencia y del juego político explica el mantenimiento del poder opresivo sobre el pueblo durante tanto tiempo.

público, ninguna calle para instruirnos e impregnarnos de las acciones y del espíritu de esa época. Hasta Fort Dimanche, símbolo del horror, fue arrasado (1994). Pocos autores han escrito autobiografías, memorias, acusaciones, confesiones, defensas, testimonios, etc., que en cierta medida podrían garantizar la transmisión de conocimientos, tanto de hombres como de hechos. Por fortuna, desde hace algún tiempo varias publicaciones parecen dar continuidad a algunas investigaciones hechas durante los peligrosos años sesenta, setenta e incluso los ochenta, tanto en Haití como en el extranjero. En realidad, en torno a este periodo se abre con urgencia un campo de conocimiento, de difusión, de sensibilización en las escuelas, en las universidades, entre toda la población. La historia oral debiera ser apoyada, pues muchos de los actores y testigos, tanto del lado del poder como de la resistencia, mueren cada día frente a nuestros ojos, llevándose para siempre destellos indispensables para conocer este fragmento de nuestra historia.

No podemos sufrir de amnesia, no podemos ignorar que la máquina infernal del duvalierismo recibió todo el apoyo de las potencias extranjeras, particularmente de Estados Unidos, en el contexto de la Guerra Fría y de la Revolución Cubana triunfante.

No podemos olvidar, sufrir de amnesia en lo que concierne a este episodio de nuestra historia que fue la dictadura duvalierista. A la vez continuidad y cambio en comparación con regímenes anteriores, ésta llegó en un momento de profunda crisis estructural, destruyó el modo de funcionamiento del Estado e instauró mecanismos de dominación para mantener el sistema político tradicional, regir el sistema de relaciones con las otras fuerzas del poder, con la sociedad civil así como a nivel de las prácticas que rigen las relaciones interoligárquicas. Con la adopción del terrorismo de Estado, los aparatos represivos sufrieron una hipertrofia inusitada en detrimento de las instituciones jurídicas o civiles, que fueron brutalmente

El resultado de estas políticas es conocido: un aumento de la polarización económica y gran concentración de la riqueza; el progresivo empobrecimiento de importantes sectores sociales, el dualismo social, y una profunda dependencia de la comunidad internacional. Fueron años de oscurantismo, de silencio y de mucho miedo, de toque de queda, de poblaciones refugiadas en su intimidad, al interior de sus hogares. Fue el terror vivido teniendo como tela de fondo a los *tontons macoutes* y la preeminencia absoluta de los valores grotescos de la dictadura. No podemos olvidar la máscara de la dictadura en los hechos más anodinos de lo cotidiano: está allí, detrás de las cortinas con la luz apagada para no llamar la atención de los *tontons macoutes*, es enseñar a los niños respuestas salvadoras “*en caso de que...*”; es no escuchar ciertas estaciones de radio, no hablar de temas prohibidos, no tararear canciones clandestinas; es la angustia de oír el ronquido lúgubre de los DKW (marca alemana de automóviles usada por los *macoutes*); es el riesgo de asistir a tertulias literarias; es el estricto control de los puestos de verificación a la llegada a las ciudades de provincia, y todavía más en las salidas al campo... La dictadura quiso imponer a los ciudadanos el hábito de escuchar en silencio, de callarse para sobrevivir, mirar a distancia sin intervenir para no meterse en problemas.



La resistencia a la instalación y al funcionamiento de esta máquina infernal ha sido constante. Es necesario recordarlo. No podemos olvidar a todas aquellas personas que han muerto y de las cuales ya nadie se acuerda: aquellos que desaparecieron porque tuvieron “arranques” de dignidad, porque un esbirro del duvalierismo codició sus bienes, porque andaban por la calle, o en el momento en que tomaban un *tap-tap*,¹ un taxi; jóvenes de 18, 19 y 20 años salvajemente fusilados o consumidos lentamente en los calabozos de la muerte en Fort Dimanche, los sótanos del Palacio Nacional, los Cassernes Dessalines y numerosas prisiones privadas. Es necesario recordar aquí que si muchos ciudadanos cayeron víctimas por azar, o porque se encontraban en un mal momento en el lugar equivocado, muchos otros, sin embargo, de todas las capas sociales, optaron deliberadamente, en un gesto de heroísmo cotidiano, por luchar, desde las trincheras más diversas, con valor, determinación y convicción... en la prensa, la iglesia, las escuelas, la administración, las organizaciones de la sociedad civil, los organismos de defensa de los derechos humanos, el exilio, o desde la creación intelectual y artística, etcétera. Pléyades de patriotas, ciudadanos, intelectuales, idealistas, cayeron. Como decía con frecuencia Gérard Pierre-Charles: “ellos (los dictadores) han destruido una generación, ellos se han llevado lo mejor”. Estas personas fueron asesinadas porque eran rebeldes (*camoquins*) y pensaban de manera diferente. Quienes murieron lo hicieron porque se negaron a aceptar lo inaceptable y lo indigno... No podemos olvidar que con su acción y su palabra ellos cimentaron la resistencia. Pagaron muy caro su esperanza en el advenimiento de un Estado de derecho para Haití. Ahora ellos sólo reclaman justicia y estar presentes en la memoria, son los verdaderos héroes de carne y hueso que amaron profundamente

¹ Tipo de transporte popular. Por lo regular son camionetas tipo Combi, vistosamente pintadas. Es posible considerar en estos diseños una manifestación del arte popular haitiano.

No podemos ignorar que la máquina infernal del duvalierismo recibió todo el apoyo de las potencias extranjeras, particularmente de Estados Unidos, en el contexto de la Guerra Fría y de la Revolución Cubana triunfante

la vida y, en circunstancias históricas y en una opción consecuente, la ofrecieron por la nación. No podemos actuar como si estos hechos ya fueran conocidos. Debemos explicarlos claramente, difundirlos, darlos a conocer a todas las generaciones de haitianos. Todos estos hombres y todas estas mujeres, a pesar de su ausencia física, también cantaron el 7 de febrero de 1986: “¡La hora de la liberación de Haití ha llegado! ¿Escuchan?” (*Lè la libere Ayiti va bel o... Ou a tande...*”).

Y llegamos al periodo posduvalierista. Hemos vivido con intensidad el impacto de la dictadura y ello nos obliga a interrogarlo y a conocerlo para comprender nuestra difícil transición. ¿Por qué ha sido tan larga? ¿Cuáles son los factores que la bloquean? Pero también, ¿cuáles son los logros, las palancas y potencialidades? Mi propósito en este texto no es hacer un análisis exhaustivo de las causas de esta difícil transición, a partir de factores estructurales, o de otros como la institucionalización, la corrupción, la emigración de nuestros recursos humanos, etcétera. Sólo quiero recordar que el hombre y la mujer son el motor de todo proceso de democratización. Durante más de un cuarto de siglo, gracias a sus mecanismos ideológicos de dominación y a sus prácticas terroristas, el duvalierismo pudo impregnar a la sociedad de sus propios valores que inervan todo el cuerpo social y han sido interiorizados por amplias capas de la población. La puesta en práctica, por parte de cada ciudadano, de una

dramática estrategia para sobrevivir físicamente y no ser triturado, ha contribuido a transformar la psicología de los individuos a lo largo de esta dictadura de larga duración.

Cuatro factores que han hipotecado la transición

Para promover una sociedad del miedo, el duvalierismo debió desarrollar una *cultura del miedo*, la cual se ha convertido en una de sus herencias más sólidas. Numerosos textos —entre ellos la novela de Danny Laferrière, *La chair du maître*— han descrito magistralmente los aspectos de esta nueva cultura que los individuos vehiculan desde principios de los años sesenta. Ellos crecieron en una atmósfera en la que a cada momento había que estar alertas. Independientemente de las clases sociales, toda una generación quedó traumatizada y se le inculcó la filosofía de la vida fácil, sin problema, sin compromiso con nada, siendo que el costo ha sido muy elevado. La cultura del miedo ha sido el *abono* que ha reforzado la tendencia al individualismo y el rechazo a las solidaridades colectivas. El compromiso de ayer ha sido sustituido por el repliegue a la vida privada.

El segundo factor, íntimamente ligado al anterior pero al mismo tiempo diferente, es la *cultura de la desconfianza*, que bajo el reino del terror impregnó al conjunto de las relaciones sociales y ha sido interiorizado por toda la población. La desconfianza hacia el otro, a todo lo que es diferente o nuevo, tiene el sello del cimarronaje, nuestro trasfondo histórico, y se instala hasta en las relaciones entre amigos, entre compañeros. Claro que esta cultura hace muy difíciles los intercambios francos, las discusiones fructíferas y de ninguna manera favorece los proyectos comunes.

Un tercer factor, cargado de consecuencias para nuestra nación, se refiere a la *ruptura en el pensamiento histórico, político y social de la nación*, facilitada por la ausencia de tradición de una cultura escrita. A pesar del esfuerzo constante de muchos sectores y de ciudadanos conscientes para evitar la ruptura en la transmisión de valores, este quiebre existe, aunque sea difícil medir sus estragos. Todavía sufrimos las graves consecuencias de la política instaurada por la dictadura a través del férreo control ideológico, la desaparición, el asesinato, la intimidación, el exilio o el éxodo de los actores políticos, de los intelectuales, profesionales, maestros, en particular de niveles de primaria y secundaria. Todos aquellos interesados —consciente o inconscientemente— en el mantenimiento del *status quo* han emprendido un esfuerzo sistemático para destruir este pasado.

El cuarto factor es la interiorización del sentimiento de fracaso. Yo no me detendré más en esta frase repetida hasta la saciedad sin medir todo lo que implica “*doscientos años de fracaso*”. Todavía en esta semana, Jean-Claude Duvalier se dio el lujo de referirse al fracaso de aquellos que le siguieron. Es claro que no podemos avanzar sin hacer un balance, sin hacer una revisión constante de los objetivos y acciones, y, sin complacencia alguna, reconocer los errores cometidos...

Atención! Evitemos alimentar entre nosotros una nueva división intergeneracional

pero tampoco podemos construir nada con la factura de un sentimiento constante de fracaso. Los importantes logros alcanzados son banalizados luego de cierto tiempo, y muy pronto olvidamos y subestimamos todo lo que ha costado cada espacio conquistado al precio de sangre y lágrimas.

En la actualidad, esta situación tiene un doble rostro: por una parte, aquellos —vivos o muertos— que han consagrado su vida a dar cuerpo al nacimiento de un nuevo Haití, y que frente a la sensación de un eterno comienzo o de un retroceso constante nutren el sentimiento de fracaso, e incluso de culpa; por otro lado, las nuevas generaciones, en una actitud, efectivamente saludable, de crítica, que rechaza en bloque con recriminaciones todo lo que se ha hecho, habla del fracaso cuyo peso finca en las generaciones precedentes. Tal actitud les quita responsabilidad a los autores, rotula de la misma forma a verdugos y a víctimas, responsables y combatientes, y favorece esta herida abierta de nuestra sociedad que es la impunidad.

¡Atención! Evitemos alimentar entre nosotros una nueva división intergeneracional. Es tiempo de reivindicar nuestros valores y no de destruirlos; de enriquecernos de las experiencias pasadas para avanzar en un camino donde generación tras generación aprendamos a edificar sobre los sedimentos anteriores que fructifiquen la acción.

En este XXV aniversario de la caída del duvalierismo debemos decir ¡NUNCA MÁS! La incertidumbre de la difícil situación que sacude al país en la actualidad así lo exige. Parafraseando a Bertolt Brecht: “no debemos olvidar que el vientre de la bestia que dio a luz al duvalierismo todavía es fecundo”. En este camino de la construcción de una nación soberana, de un Estado de derecho y de justicia, los artífices de este *Nunca más* tienen el deber de plantear preguntas de gran valor práctico pero también de primera importancia teórica. Debemos construir nuestra memoria, reforzar la identidad colectiva y construir un proyecto nacional a partir de la esperanza, y necesariamente, del sueño y de la utopía.

Puerto Príncipe, Haití
FOKAL, febrero de 2011 

Suzy Castor. Historiadora haitiana, directora del Centre de Recherche et de Formation Economique et Social pour le Développement (CRESFED). Estuvo exiliada en México en los años 70 y 80, acompañada de su esposo Gerard Pierre-Charles, colaborando ambos como profesores e investigadores en la UNAM. Es miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago*.

Clara Isabel Martínez Valenzuela. Profesora del Centro de Enseñanza de Lenguas Extranjeras, UNAM, también adscrita al Departamento de Publicaciones, Coordinación de Extensión Universitaria, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Miembro fundador de la Asociación Mexicana de Estudios del Caribe A. C., autora de varios artículos sobre los primeros años del proceso de transición a la democracia en Haití.